

José Agustín Goytisolo

La secreta huida hacia atrás

Libre, como las mil palomas del poema inicial, como el agua que brota en abril, como el amor en los prados, el cazador — José Agustín — vive su libro de aventuras que ahora nos entrega (1). Es la vuelta a la más ancestral dignidad del hombre, que, jubilosamente, vuelve a perder la noción de la propiedad privada de la tierra y se apodera

de las cosas que eran de nadie, e incluso llega a superar las estructuras sexuales de la familia, con ese halo algo heroico que algunas mujeres saben ver en él.

Los ochenta y cinco poemas, ordenados un poco según los pasos cronológicos de la temporada de caza, son una auténtica gozada para el

lector, que termina familiarizándose con los temas, las tierras, las piezas cobradas, y las gentes de la Mancha y Extremadura que hablan y viven en estos recuerdos que el poeta ha guardado cuidadosamente durante muchos años de patear tierras y pueblos. La tórtola, que se encontró cuando iba a por las codornices...

① «Como siempre sale rápida.
Tírale un metro adelante
para que no vuelva a Africa.»

O la liebre que se escapó...

«Ah los disparos que fallé.
Pero ninguno como aquél...»

Tonta arrancó medio dormida
más de tres quilos pesaría...

Tal vez aún corra en Almadén
la puta liebre que fallé.»

O la perdiz...

«En lo verde verde
de la verde encina
por los encinares
la perdiz herida.

Cantó al alba la perdiz
más le valiera dormir.»

Y hablan los mozos:

«No quiero ser ganadero
ni huertano o leñador:
quiero tener un tractor.»

...Y el otro que emigra:

«Con todas estas tierras
de regadío
dejo este sitio...»

Y el que pregunta:

«¿Son muy altos los montes
en Catalunya?»

...
¿Son muy altos los sueldos
en Cataluña?...»

Lirismo de la realidad

José Agustín utiliza una métrica impecable y una estrofa de lo más clásico; la seguidilla, el villancico, el estribillo... Canciones para cantar que están pidiendo música.

En resumen: la vena lírica de José Agustín Goytisolo, entroncada con la poesía anterior, que a algunos desconcertará, pero que hay que saber leer con la ayuda del prólogo, escrito por el propio autor.

② Las aventuras, a veces, son esperpénticas como aquella vez que le acusaron de bestialidad...

«En Ciudad Rodrigo
me compré una cabra...
como ella era hermosa
pronto murmuraban...
Intervino el juez...»

Va a los toros en Trujillo, le gusta visitar las barberías de los pueblos y a veces jugar una partida a las cartas, como la que pone en labios de —suponemos— Paco Ibáñez:

«Yo soy puro vasco
y él mitad cubano
mitad catalán.
Amigos
no les conviene jugar...»

Inolvidable el contrabandista herido...

«Caridad por tus ojos
mujer serrana...
Llévame hasta la raya...
pues me hirieron los guardias.
Pásame compañera
que no quiero morir
de esta manera.»

Y las mujeres, siempre enamoradizas del hombre extraño, a quien reciben mejor que al misionero, al guardia civil o al tratante de ganado...

«Con lo que me has dicho
cazador fulero
tendrás buen cobijo.»

Es el José Agustín desenfadado, cínico un poco, con el humor de siempre, pero con una ternura desusada quizá, hasta con su propia perra cuando le canta una nana para dormirla.

Y los recursos en la construcción del poema, cada vez más depurados, entroncados claramente con la poesía española de los cancioneros clásicos, de Lope, del Arcipreste de Hita...

No esperemos las diatribas de «Salmos al viento», ni la intención — digamos doctrinal — de «Taller de Arquitectura». Podemos haber leído

algo parecido en algunos poemas de «Del tiempo y del olvido», como aquella «Berceuse de Julia», pero, indudablemente, «Los pasos del cazador», supone un intento de acercamiento a la cotidianidad de las cosas, ya no sólo con un juicio social, — que también lo tiene —, sino con una intención de leer la realidad a través de una visión lírica que raramente había aparecido en la poesía anterior de José Agustín.

ANTONIO BLANCO

(1) «Los pasos del cazador», de José Agustín Goytisolo, Editorial Lumen, Barcelona, 1980